

## Tema 7

### El abrazo de las anacondas

Cuando la mierda valga dinero, los pobres nacerán sin culo.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

*Carretera de México a Acapulco, PK 130,700*

*Jueves, 15 enero de 1965*

*04.30 pm*

El frenazo repentino despertó a los dos niños. La mujer apoyó las manos en el salpicadero. Olía a neumático quemado contra el asfalto.

—¡Carajo, la anaconda! —exclamó el conductor llevándose las manos a la cabeza.

Acababa de sentir un cataclismo intenso y arrasador.

En el asiento de atrás, Rodrigo y Gonzalo comenzaron a llorar.

—¿Es que no sabe usted hacer callar a estos pelaos? —gritó el hombre sin abrir los ojos.

Tenía las manos engarabitadas en el volante, temblaba y había roto a sudar.

La mujer tranquilizó a los niños y luego acarició el hombro de su marido.

Tras el frenazo, el Opel se había quedado atravesado en mitad de la carretera. Era un coche nuevo que Gabriel había comprado con los tres mil dólares del premio Esso a *La mala hora*.

—Ya pasó todo, Gabito, tranquilo —le susurraba la mujer.

Entonces el conductor abrió los ojos. Miró el horizonte, pestañeó, contempló a sus hijos por el espejo retrovisor y abrazó a su mujer.

—La vi, Mercedes —le dijo—. Vi la anaconda entera. El animal completo. Salió del agua y se quedó inmóvil delante de mí. ¡Me miraba con sus ojos sin párpados!

—¿Y qué se hace ahora, Gabo? Dímelo, ¿qué hacemos?

—¡Nos regresamos!

—¿Ya no vamos a la playa? —protestaron los niños.

—¡Nos regresamos ahorita mismo! —repitió Gabriel irritado.

Maniobró y aceleró en dirección contraria, de vuelta a Ciudad de México, al apartamento alquilado por doscientos dólares al mes en las lomas de San Ángel Inn.

—Este es el plan —resumió Gabriel—: vendemos el coche, nos morimos de hambre, pero escribo el libro.

Los niños comenzaron a hacer pucheros: no querían morir, aunque fuera de hambre.

*Interstate 25, PK 212,600  
Entre Albuquerque (NM) y El Paso (TX)  
Jueves, 22 de agosto de 1960  
12.33 pm*

El hombre del bigote y el pelo engominado conducía hacia el sur. Se llamaba Carlos y era un tipo irritable que apretaba el volante como si se hubiera propuesto deshacerlo o partirlo en dos. ¿El motivo de su ira? Acababa de darse cuenta de que ya no podía quitarse la chaqueta, había sobrepasado lo que él llamaba el *point of no return* y ahora ya tendría visibles manchas de sudor en la camisa.

Era muy presumido.

«¡Híjole con el saco de la gran chingada», debió de pensar.

Entonces vio el cartel que anunciaba «ACME General Store».

Dio un volantazo.

Era un almacén destartado, mezcla de ferretería, bar y almoneda. Tras el mostrador descubrió a una atractiva gringa.

—*Good morning, darling* —dijo Carlos, que se jactaba de hablar un inglés excelente—. *Have you got any good shirts? Brook Brothers maybe?*

Con gesto de perplejidad, la chica le señaló una estantería.

«No está mal la güerita», pensó, y le dedicó una de sus legendarias sonrisas de seductor mexicano, aunque nacido en Panamá.

—*Can I have a coffee, honey?* —preguntó.

Mientras la rubia servía el café, Carlos examinó las camisas: todas eran de leñador, a cuadros rojos y negros. Se le revolvieron las tripas. ¿Áspera franela sobre su pecho habituado al tacto de la seda? ¡Inconcebible! Le escocería y era probable que le saliera un sarpullido; prefería su propio sudor.

Curioseó por el local. Sobre una mesa había cartuchos de dinamita, relojes, detonadores y varios metros de hilo de cobre.

—*Boouuum!* —dijo mirando a la chica—. *Ha, ha... boom!*

—*Ha, ha* —respondió ella sin sonreír—. *Here's your coffee, sir.*

En un armario había banderas norteamericanas de varios tamaños, antiguos uniformes confederados, sillas plegables, cafeteras y gafas graduadas con monturas de alambre. En el suelo encontró una caja de cartón con una etiqueta: «W. Faulkner. Oxford, MS».

—*What's this, honey?* —preguntó Carlos.

—*Mostly garbage. Comes from a yard-sale.*

Carlos abrió la caja. Contenía recursos literarios en buen estado: monólogo interior, símbolos usados, territorios míticos, ruptura de la cronología, puntos de vista contrapuestos, uso de primera, segunda y tercera persona para el mismo personaje, en fin, un poco de todo.

—*How much do you ask for this... uh... garbage?*

—*Wouldn't know... Two bucks altogether?*

—*Deal. By the way, my name is Carlos. Carlos Fuentes, mexican author. Remember me!*

En el último momento, Carlos decidió llevarse también un cartucho de TNT y un detonador.

Terminó el café, pagó y salió sonriente de la tienda con la caja de cartón, que depositó en el maletero.

«Una explosión —se dijo—. ¡Boom! Eso es lo que nos está haciendo falta: explotar de una vez.»

*Aracataca, Colombia.  
Oficina de Telégrafos  
Martes, 6 de marzo de 1930  
10.30 am*

Muchos años después, frente al rey de Suecia, el escritor colombiano había de recordar aquella tarde remota en que su padre le advirtió:

—Pase lo que pase, Gabito, usted nunca olvide que no es más que uno de los once hijos del telegrafista de Aracataca.

—El Gabo contará la verdad —afirmó su madre.

El niño tenía tres años y en la casa todavía se hablaba sin cesar de la matanza de la estación.

Había ocurrido en diciembre de 1928. Diez mil trabajadores de la United Fruit Company llevaban un mes de huelga. Entonces corrió el rumor de que el gobernador se entrevistaría con ellos en la estación de Ciénaga. Cuando ya se impacientaban, aparecieron los soldados.

—Señoras y señores —dijo el capitán con una voz baja, lenta, un poco cansada—, tienen cinco minutos para retirarse.

La rechiffa y los gritos redoblados ahogaron el toque de clarín que anunció el principio del plazo. Nadie se movió.

—Han pasado cuatro minutos —dijo el capitán con el mismo tono—. Un minuto más y se hará fuego.

—¡Cabrones! —gritó alguien entre la multitud—. Les regalamos el minuto que falta.

El capitán dio la orden de fuego y catorce nidos de ametralladoras le respondieron en el acto.

Mataron a tres mil: todos los que había en la estación

Cargaron a los muertos en el tren bananero que partió de noche,

con casi doscientos vagones y sin luces. Encima de los vagones se veían los bultos oscuros de los soldados con las ametralladoras emplazadas.

Arrojaron los cadáveres al mar.

Luego escogieron a su gusto el número oficial de muertos: nueve.

No quedó ningún testigo y la matanza desapareció de la historia, como si nunca hubiera existido, y pasó a formar parte de la leyenda.

—¡Aquí no pasó nada! —se quejó el padre—. Es un embuste, no murió nadie.

—Los mataron a todos, más de tres mil. Gabito se lo contará al mundo —insistió la madre—. Él impedirá que desaparezcan para siempre.

*Apartamento 4 B  
Avenida de Mayo, 152  
Buenos Aires  
Sábado, 12 de marzo de 1932  
9.30 pm*

El hombre mira por la ventana y oye ruido de pasos al otro lado de la pared. Imagina la vida en el apartamento de al lado, imagina a una mujer y a su amante. Acaba imaginando también una ciudad entera en la que transcurre esa otra vida: Santa María.

Piensa que, si fuera capaz de imaginarla completa, con todos los detalles, podría entrar en esa otra vida.

Entonces sería como un dios, se dice: un dios agotado, sin ningún entusiasmo, un dios al que compadecer.

Se sirve otro vaso de whisky.

Recuerda que fue un niño conversador, lector y organizador de guerrillas a pedradas en su barrio. Recuerda que sus padres estaban enamorados. Se le humedecen los ojos. Su padre, Carlos Onetti, era un caballero; su madre, Honoria Borges, una dama esclavista del sur de Brasil.

Hace dos años Juan Carlos se casó con su prima hermana María Amelia Onetti, y acaban de tener un hijo, Jorge.

La venta de tabaco estaba entonces prohibida en Buenos Aires los sábados y domingos. Ayer, viernes, Juan Carlos se olvidó de hacer acopio. Ahora está desesperado. Sin fumar, ni siquiera siente ganas de seguir bebiendo. Podría tirarse por la ventana, podría matar a alguien, podría dar un grito.

O podría llamar a la puerta del apartamento de al lado y entrar en esa otra vida, si consiguiera imaginarla entera, con la suficiente fuerza y precisión.

Se sienta a la mesa del comedor y se pone a teclear en la máquina de escribir.

Cuando se va a dormir ha escrito treinta y dos folios: el primer borrador de *El pozo*.

Así, por culpa del tabaco, Onetti decidió convertirse en escritor.

Terminó una novela titulada *Tiempo de abrazar*. Le llevó el manuscrito a Roberto Arlt, el gran escritor argentino.<sup>1</sup>

Arlt contempló a Onetti en silencio hasta que consiguió asignarlo a alguno de sus caprichosos casilleros personales. Luego abrió el manuscrito y comenzó a leer saltándose páginas a menudo, de cinco en cinco o de diez en diez.

«Demoré un año en escribirlo», pensaba Onetti sin rencor, con resignada tristeza.

Cuando Arlt dio por terminada la lectura, afirmó:

—Si yo no he publicado nada este año, entonces esta es la mejor novela que se escribió en Buenos Aires este año.

Sin embargo, la novela permaneció inédita.

En 1939 publicó *El pozo*, esa breve novela que escribió sin fumar: la modernidad acababa de entrar en la literatura latinoamericana. La ciudad, la soledad en compañía, el paisaje sin horizonte, la épica diminutiva y desoladora.

1. Autor de *El juguete rabioso* y de las dos novelas relacionadas *Los siete locos* y *Los lanzallamas*.

Calle Renán, 12, piso 7.º Apartamento C

Colonia Anzuers

Ciudad de México

Lunes, 5 de abril de 1962

07.45 pm

Gabriel había llegado a México en un atardecer malva, con su mujer y su hijo Rodrigo y con los últimos veinte dólares que tenía la familia. Fue el mismo día en que Hemingway se pegó un tiro, el 2 de julio de 1961, en Ketchum, Ohio.

En el apartamento había un colchón en el suelo, una cuna, una sola mesa y dos sillas. Gabriel tenía treinta y dos años, había vivido tres en París y ocho meses en Nueva York, había publicado una novela, *La hojarasca*, y tenía otros tres libros inéditos: *El coronel no tiene quien le escriba*, *La mala hora* y *Los funerales de la Mamá Grande*.

Fumaba cuarenta cigarrillos diarios, adelgazaba y se le habían quedado ojos tristes y absortos como de huérfano; una mirada que hacía pensar en árboles desarraigados, en aguaceros o en matrimonios que ya no tienen nada que decirse.

Como todas las primaveras, a Gabriel se le habían llenado las axilas de golondrinos muy dolorosos.

Lo peor, sin embargo, era que no podía escribir.

Como novelista se sentía metido en un callejón sin salida, y estaba buscando por todos lados una brecha para escapar. Conocía bien a los autores buenos y malos que hubieran podido enseñarle el camino, y sin embargo se sentía girando en círculos concéntricos. No se consideraba agotado. Al contrario: sentía que su gran obra aún estaba por escribir, pero no concebía un modo convincente y poético de escribirla, y tampoco había logrado ver todavía al animal entero.

Era una anaconda inmensa, de más de quince metros, de la que solo había contemplado distintos trozos, su reflejo fugaz bajo el agua, el brillo aterrador de alguno de sus anillos.

De pronto se oyó un ruido como de estampida de elefantes.

Sin duda era su amigo Álvaro Mutis<sup>2</sup> que subía, como siempre al trote, los siete pisos.

Gabo le recibió con el gesto desesperado de escritor incapaz de escribir.

Álvaro traía un paquete de libros. Separó el más pequeño y lo catapultó contra el pecho de Gabo.

—¡Lea esa vaina, carajo, para que aprenda!

Era *Pedro Páramo*, y esa misma noche lo leyó dos veces. Luego leyó toda la obra de Juan Rulfo y admitió:

—Su obra completa no son más de trescientas páginas. Pero son casi tantas, y tan perdurables, como las que conocemos de Sófocles.

Ya había encontrado el modo convincente y poético que estaba buscando.

Ahora necesitaba más que nunca ver al animal entero, que la anaconda saliera del agua y él pudiera contemplar su desmesurada extensión de sueño demoledor y zigzagueante.

*Residencia de Carlos Fuentes*

*San Ángel Inn*

*Ciudad de México*

*Jueves, 6 de noviembre de 1961*

*5.05 pm*

Carlos está sentado ante la máquina de escribir. La luz le entra por su derecha, a través de un amplio ventanal. A sus pies tiene abierta la caja

2. Escritor colombiano que goza de prestigio en virtud de su amistad con García Márquez. En 2001 Mutis firmó una carta pública, dirigida al presidente del gobierno español, José María Aznar, en la que afirmaba que jamás volvería a pisar España mientras se exigiera visado de entrada a los ciudadanos colombianos. La firmaron también García Márquez, Fernando Botero y otros personajes públicos de Colombia, que cumplieron su promesa. Sin embargo, Álvaro Mutis debió de haber añadido un codicilo secreto a su firma, ya que al año siguiente le concedieron el premio Príncipe de Asturias y no tuvo ningún empacho en presentarse a recogerlo. A los colombianos, por supuesto, les seguían exigiendo visado de entrada.

con sus tesoros y la bomba que ha confeccionado con el cartucho de TNT y el detonador.

De vez en cuando saca de la caja alguno de los recursos de segunda mano y lo aplica a la novela que está escribiendo, *La muerte de Artemio Cruz*.

«Je, je... voy a romper la cronología con esto, ahora sí se jodieron», se dice, por ejemplo, con risa malévola. O más adelante: «Ahora lo pongo en segunda persona, como un hipnotizador, wey».

Suena el teléfono y se apresura a responder Rita, para no perturbar la intensa concentración del novelista.

Era la Gaba.

—¿Qué hubo, Rita?

—Bien no más, Mercedes. Carlos es el que no se siente bueno, ahora está con leucemia...

—Ni te preocupes. Gabito acaba de tener cáncer a la cabeza la semana pasada, pero ya está mucho mejor...<sup>3</sup>

—¡Ya dejen de cotorrear! —interrumpió Carlos con un alarido—. Dame con el Gabo... ¡Ahorita!

Rita le pasó el teléfono.

—¿Tú has leído a Onetti, Gabo? ¿A Borges? ¿A Lezama Lima? Gabriel confesó que no.

—Mire, wey, esa es la vaina: usted leyó a Kafka, pero no a Borges. ¿Por qué? ¿Por qué no nos leemos ni siquiera entre nosotros? ¿Quiere saber por qué? Pues yo se lo digo: ¡porque no somos internacionales, loco, por eso! Necesitamos un boom. Es lo único que nos está faltando, mano.

—¿Una explosión?

—Exacto. Que todo encaje. Lo tengo muy bien pensado, manito...

—Mire, m'hijo, yo ya acabo de sufrir un tumor cerebral.

3. Una conversación casi idéntica refiere la mujer de José Donoso en el libro de su marido *Historia personal del boom*. Por desgracia, años después, García Márquez sufrió de verdad un cáncer.

Los dos hipocondríacos se pusieron a hablar de sus respectivas enfermedades y Carlos Fuentes le hizo una recomendación:

—Haz que te vea el doctor Belinchón, un gallego; es el mejor.

—¿Cómo así? ¿El pendejo es oncólogo o qué?

—Lo está quitando del trago a Rulfo, va a conseguir que deje de beber.

—Pero entonces eso no es un médico, m'hijo, ¿eso es un hechicero!

*Consulta del Dr. Belinchón*

*Barrio de Cerro Alto*

*México D. F.*

*Viernes, 30 de septiembre de 1970*

*5.25 pm*

La mujer hacía esfuerzos por contener las lágrimas o quizá el rencor. El hombre hablaba despacio, con el mismo tono con el que se consuela a un niño que llora. Sonó el timbre y la mujer se levantó de mala gana a abrir.

—El señor Donoso.<sup>4</sup> Otra emergencia —dijo al volver.

—¿Qué tripa se le habrá roto? Lo siento, Luisa, luego seguimos hablando.

José Donoso venía desencajado, con profundas ojeras y semblante, más que funeral, casi póstumo.

—Malaria, doctor. Tengo la malaria —afirmó con gravedad.

—¿Malaria? —Belinchón no pudo disimular su asombro.

—¡Sí, seguro! Yo lo atribuyo a la picadura letal de un mosquito de Calaceite.

Belinchón le había sugerido una vida retirada en el pueblo de Te-

4. José Donoso fue un escritor chileno, autor de *El obsceno pájaro de la noche*. Vivió unos años en Calaceite, adonde arrastró a sus amigos explosivos, todos miembros del boom latinoamericano.

ruel para cuidar su verdadera úlcera y la multitud de enfermedades que no paraba de imaginar el incansable novelista.

Le tomó el pulso y le reconoció.

—Siento decirlo, Pepe, pero sí que parece malaria. Tienes razón.

—¡Lo sabía! Moriré devorado por la fiebre, entre horribles pesadillas y convulsiones...

—Solo es un diagnóstico preliminar.

—¿Me hará usted análisis, radiografías, cultivos...? —preguntó, ilusionado, el narrador chileno.

—Todo eso. Y más cosas. Me temo que es indispensable.

Fernando Belinchón se consideraba médico «hipocondrista». Se había especializado en enfermos imaginarios: siempre les daba la razón. Luego los sometía a pruebas dolorosas e innecesarias, les pautaba dietas estrictas y les administraba medicamentos tan amenazadores como inocuos. Sin que ellos se dieran cuenta, también intentaba curarles de las escasas dolencias reales que excepcionalmente pudieran sufrir: bronquitis, hígado graso, golondrinos y pinzamientos de vértebras, por lo general.

Había tratado la presunta epilepsia de Borges, los cánceres conjeturales de Gabo, las quiméricas infecciones de Vargas Llosa, la diabetes improvisada de Alejo Carpentier, los ficticios pólipos de Onetti, la sífilis imaginada de Rulfo, los divertículos inventados de Cortázar, los aneurismas fantásticos de Cabrera Infante, las oníricas leucemias de Carlos Fuentes y los legendarios papilomas repentinos de Ernesto Sábato.

Se había hecho muy rico, pero estaba hasta la coronilla. Fernando Belinchón también era novelista, aunque inédito, y detestaba a sus pacientes. ¿Por qué no podían contar las cosas por su orden, según iban pasando? ¿Para qué poner personajes que vuelan, que viven más de un siglo o que copulan en hamacas con caimanes? ¿Qué interés tiene una novela que sucede en un pueblo donde todos están ya muertos desde la primera página?

Belinchón quería escribir como el maestro Azorín. Una novela pegada a la realidad, a ras de suelo, en contacto con la vida diaria. Un castellano preciso, rural, trinitario. Una prosa pluvial, insistente, mo-

nótona. Un argumento tenue, trémulo, titubeante. Personajes fidedignos, mínimos, adormecedores. Eso era escribir la verdad. El resto era hacer trampa: juegos malabares, prestidigitación, conejos en la chistera y ases en la manga.

Tranquilizó a Donoso, le prometió exhaustivas pruebas clínicas y le deseó suerte con su obra maestra.

Entonces se enfrentó a su problema más acuciante: Luisa Oquendo.

El doctor Belinchón había dejado embarazada a su recepcionista.

Ella se había negado a abortar. Se consideraba una mujer independiente y quería tener el niño sola.

Fernando se disponía a regresar a España, con su mujer y su hijo, para escribir la gran novela que retratara el alma del austero paisaje mesetario.

—Te enviaré dinero todos los meses —ofreció.

—Quinientos dólares —dijo Luisa sin titubear.

—¡Qué barbaridad! —Belinchón hacía cálculos de cabeza—. Bueno, de acuerdo, lo que necesites. El niño vendrá a España de vez en cuando.

¿Habría suficientes plumíferos hipocondríacos en España o necesitaría pluriemplearse para conseguir el dinero de Luisa?

—O la niña —dijo Luisa.

—Eso, lo que sea. Yo le pago el viaje.

*Ciudad de México*  
*Oficina de Correos de San Ángel Inn*  
*Viernes, 10 de agosto de 1966*  
*4.30 pm*

—Son ochenta y dos pesos —dijo el empleado.

Acababa de pesar el manuscrito de *Cien años de soledad*: quinientas noventa hojas a máquina a doble espacio. Iba dirigido al director literario de la editorial Sudamericana, Francisco Porrúa.

—Nos jodimos, Gabo: solo tenemos cincuenta y tres pesos.

La única solución fue enviar la mitad ese viernes y buscar el resto del dinero para enviar la otra mitad el lunes.

Empeñaron un calentador y una batidora y el lunes mandaron el segundo paquete.

—Lo único que falta ahora es que la novela sea mala —dijo Mercedes.

Desde que Gabriel vio la anaconda completa, en la carretera de Acapulco, habían pasado dieciocho meses: quinientos sesenta días sentado a la máquina de escribir.

Gabriel escribía con un mono de obrero porque decía que era un invento diabólico del capitalismo: te lo pones y te entran ganas de trabajar.

—El de Gabo será un mono de Yves Saint-Laurent —comentó Alfredo Bryce Echenique cuando se enteró.<sup>5</sup>

En primavera a Gabo le salieron de nuevo los torturantes golondrinos, hasta que un día dijo:

—Voy a joder a uno de los Buendía: le van a salir a él los golondrinos en Macondo. A ver qué pasa.

Por increíble que parezca, lo que pasó fue que Gabriel García Márquez no volvió a tener golondrinos. Su personaje, en cambio, aún sigue sintiendo el dolor agudo de los abscesos cada vez que alguien lee la novela, hasta el fin de los tiempos.

Una noche Gabriel se metió llorando en la cama y le dijo a Mercedes:

—Acabo de matar al coronel Buendía.

Estuvo despierto hasta el amanecer, sollozando despacio, sin hacer ruido, sin oleaje, como los ríos más profundos.

Al año, Mercedes intentaba tranquilizar por teléfono al casero, al que ya le debían tres meses de alquiler. Tapó el auricular con la mano para preguntarle a Gabriel cuándo iba a acabar el libro. Su marido respondió que en medio año más.

5. A las acusaciones periódicas por su forma de vida, García Márquez solía responder: «Sí, soy rico, pero todo lo que tengo lo gané tecleando en mi Olivetti».



—Le pagaremos todo junto dentro de seis meses —le ofreció Mercedes al propietario de la casa.

—¿Se da cuenta de que entonces será una suma enorme? —respondió el casero.

—Me doy cuenta —dijo Mercedes impasible—, pero entonces lo tendremos todo resuelto. Esté tranquilo.

Al propietario tampoco le tembló la voz para contestar:

—Muy bien, señora, con su palabra me basta. La espero el siete de septiembre.

En agosto Gabriel se levantó de la mesa y le entregó a Mercedes un voluminoso mazo de hojas: la novela terminada. Mercedes le entregó a Gabriel un mazo de papeles del mismo volumen: las facturas pendientes y las papeletas del Monte de Piedad acumuladas en dieciocho meses.

El cheque por derechos de autor con el que por fin pudieron pagar el alquiler llegó tres días antes de lo previsto por el propietario, el 4 de septiembre.

Al final, la novela, *Cien años de soledad*, no era mala, como había temido Mercedes.

Era, como dijo Pablo Neruda, el *Quijote* de América Latina.

*I Congreso Internacional de Escritores de Lengua Española  
Las Palmas de Gran Canaria  
1979*

El congreso lo preside Juan Carlos Onetti, que se niega a participar en los actos, por lo que le llaman el «presidente en el exilio». Han llegado hasta la isla todos los latinoamericanos, las anacondas de la Literatura, las serpientes más grandes del mundo, con su abrazo asfixiante y su mirada cristalina.

La anaconda, la *Eunectes murinus*, solo existe en la selva tropical. Puede llegar a medir casi quince metros de longitud, con un diámetro de más de treinta centímetros y un peso de dos toneladas. Son exce-

lentes nadadoras (es lo que significa *eunectes*) y recorren el río con los ojos y la nariz fuera del agua. Son carnívoras, pero no tienen veneno. Atrapan a su presa y la abrazan hasta estrangularla con sus temibles anillos. La tragan completa; la digestión puede prolongarse durante más de quince días. No tienen depredadores; nadie puede enfrentarse a ellas.

En España las aves rapaces, los cernícalos y halcones, habían reconocido su derrota. En ese año de 1979, ni los escritores realistas utilizaban ya técnicas realistas. Hasta Juan Goytisolo, el presidente, llevaba tiempo escribiendo sin puntos ni comas, alterando la secuencia cronológica y taraceando el texto de monólogos interiores. Lo mismo había hecho Luis Martín Santos y todos los demás. Se hablaba de la «superación del realismo objetivista».

Las anacondas se alimentan de grandes roedores y reptiles, de ratas, de venados, de peces, de pájaros o de cocodrilos enteros. Se lo comen todo. Habían devorado la literatura moderna: todo Joyce, todo Faulkner, todo Kafka, todo Proust. Tras una digestión difícil y prolongada, habían decidido adaptar la modernidad literaria a un continente virgen, utilizar técnicas realistas para acercarse a una realidad desafiada, descomunal, inverosímil.

El resultado había sido hipnótico.

A Fernando Belinchón le daban ganas de llorar.

Hacia años, los últimos jueves de octubre se percibía una gran agitación nerviosa entre las serpientes. ¿Quién recibiría la llamada de Estocolmo? En las quinielas para el Nobel siempre figuraban García Márquez, Vargas Llosa o Carlos Fuentes. Y por supuesto Borges, que insistía en que había una «antigua tradición escandinava» de no concederle el Nobel a Borges.

Belinchón se había hecho una firme promesa: si le daban el Nobel a cualquiera de ellos, él dejaría de escribir. Palabra de aragonés. ¿Para qué? ¿Para quién?

Seguía enviando cada mes el dinero a México, y casi todos los años su hija Fátima venía a pasar el verano o las Navidades con ellos.

¿Sabía María Teresa que Fátima era su hija y no su sobrina, como pretendía? Fernando prefería no indagar. María Dolores callaba y



aceptaba a la niña quince días al año. Yo, el único hijo, creía que era mi prima.

En Canarias estaban casi todos sus pacientes americanos. El exceso de retórica y de alcohol multiplicaba la hipocondría y Fernando trabajaba sin descanso: cólicos, epilepsias, urticarias, alergias, lipotimias y terrores nocturnos.

Los únicos que parecían mantenerse a salvo eran los abstemios congénitos (Vargas Llosa) o conversos (Rulfo).

Después de las comidas, cuando todos dormían la siesta, se oía el teclear constante de la máquina de Vargas Llosa, el escritor disciplinado y flaubertiano.

En cuanto empezaban las sesiones, Belinchón se iba al bar del hotel a leer a Azorín.

El presidente en el exilio también solía buscar asilo en el bar, donde mantenía largas reuniones con Juan Rulfo. Se sentaban uno enfrente del otro. El mexicano con su Coca-Cola eterna, el uruguayo con su eterno whisky.

—¿Qué tal, Juan? —preguntaba Onetti.

—Aquí andamos, Juan.

—¿Hay *Cordillera*, Juan?

—No hay *Cordillera*.

Y no decían una palabra más, pero pasaban la tarde juntos, bebiendo en silencio.

Al día siguiente repetían la misma operación.

*La cordillera* era la novela que Juan Rulfo decía estar escribiendo. No había vuelto a publicar nada después de *El llano en llamas* y *Pedro Páramo*. Como dijo Eliot de E. M. Foster, su fama aumentaba con cada libro que no escribía. Rulfo dedicaba su tiempo y su energía creadora a inventar para periodistas y curiosos explicaciones de su silencio: «Se murió mi tío Celedonio, que era el que me contaba las historias». «¿Escribir? No, eso ya se hizo.» «No tengo plata para escribir, la familia come todos los días y hay que cambiar de zapatos.» «Es que sólo se me ocurren desgracias y no quiero escribir de cosas tristes...»

Murió en 1986 y seguía sin haber *Cordillera*.

*Residencia de García Márquez*

*México D. F.*

*21 de octubre de 1982*

*6.05 am*

Gabriel se ha levantado a las cinco de la mañana para esperar una llamada telefónica de Suecia. Ayer miércoles recibió otra: le habían concedido el premio Nobel de Literatura. Le quedan sesenta días para escribir las quince páginas más difíciles de su vida: el discurso de aceptación.

—Te llaman de Estocolmo —dijo Mercedes medio dormida.

La noticia ya era oficial.

Sintió pánico. A media mañana se convenció de que se trataba de los primeros síntomas de la enfermedad de Parkinson. Mercedes consiguió ponerle al habla con su médico.

El doctor Belinchón se había retirado y ahora vivía en Zaragoza. Felicitó a Gabo y le tranquilizó: los síntomas que le describía correspondían, en efecto, al Parkinson, no había duda. Sin embargo, habría que hacer pruebas neurológicas, un escáner y radiografías de contraste.

—Tenga siempre algo en la mano para evitar el temblor. Y vigile su peso, es decisivo.

En diciembre, Gabriel pasó frío en Estocolmo, vestido con el liqui-liqui del coronel Aureliano Buendía y sujetando en la mano una rosa amarilla.

Comenzó hablando de la «crónica rigurosa» de Pigaffeta, que

contó que había visto cerdos con el ombligo en el lomo, y unos pájaros sin patas cuyas hembras empollaban en las espaldas del macho y otros como alcatraces sin lengua cuyos picos parecían una cuchara. Contó que había visto un engendro animal con cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y relincho de caballo. Contó que al primer nativo que encontraron en la Patagonia le pusieron enfrente un espejo, y que aquel gigante enardecido perdió el uso de la razón por el pavor de su propia imagen.

La realidad descomunal de América continuó durante la colonia y después. Gabo mencionó, entre otros prodigios, a aquel general que «hizo enterrar con funerales magníficos la pierna derecha que había perdido en la llamada Guerra de los Pasteles».

En seguida, sin embargo, recordó a todos los presentes cuál era, en América Latina, la verdadera realidad inverosímil, prodigiosa, difícil de creer: veinte millones de niños latinoamericanos morían antes de cumplir los dos años; los desaparecidos por la causa de la represión sumaban más de ciento veinte mil; millones de latinoamericanos se veían empujados cada año al exilio.

Entonces señaló la responsabilidad de los países ricos: no bastaba con leer novelas latinoamericanas, era necesario que se comprometieran a favor de la justicia:

La solidaridad con nuestros sueños no nos hará sentir menos solos, mientras no se concrete con actos de respaldo legítimo a los pueblos que asuman la ilusión de tener una vida propia en el reparto del mundo [...]. ¿Por qué la originalidad que se nos admite sin reservas en la literatura se nos niega con toda clase de suspicacias en nuestras tentativas tan difíciles de cambio social? ¿Por qué pensar que la justicia social que los europeos de avanzada tratan de imponer en sus países no puede ser también un objetivo latinoamericano con métodos distintos en condiciones diferentes?

Después citó a Faulkner: «Me niego a creer en el fin del hombre», y terminó con un emocionante llamamiento a la utopía:

Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la Tierra.

## EJERCICIOS PRÁCTICOS

1. Lea el caníbal *Cien años de soledad* como exponente de novela naturalista a lo Zola. Fíjese de modo especial en el determinismo biológico y ambiental, en el carácter experimental, en la intención político-social y en la utilización de símbolos. Apréciase la noción de «entropía», tan habitual en la literatura cientifista del XIX. La entropía es la medida del desorden de un sistema y uno de los principios básicos de la física es el aumento constante de entropía o, en otras palabras, que siempre vamos de mal en peor hasta la nada final.

2. Conjeture el caníbal los motivos que indujeron a Juan Carlos Onetti a pasar los últimos años de su vida en la cama. Como material auxiliar, lea estos tres libros: *El extranjero*, de Albert Camus, *El pozo*, de Onetti, y *El túnel*, de Sábato. Refunda los tres en una sola narración con los elementos esenciales de cada uno de ellos.

3. Reescribanse al menos seis cuentos de Julio Cortázar, con una pequeña variación: desvele el final en el primer párrafo.

4. Clasifíquese a los autores del boom de acuerdo con su aspecto. Hágase un primer desbroce entre los que casi siempre van con corbata (Carlos Fuentes, Octavio Paz, Vargas Llosa, etcétera) y los que casi nunca van con corbata (García Márquez, Julio Cortázar, Roa Bastos, etcétera). Sígase con otros rasgos (presencia o no de bigote o gafas, estatura, tendencia a sonreír en las fotos, etcétera). Escójase un rasgo distintivo de cada autor y, con todo ello, elabórese un retrato robot del superescritor latinoamericano. Imagine la obra de ese autor. ¿A quién se parece? ¿Le compraría usted a ese hombre un automóvil de segunda mano?

## PARA SABER MÁS

Comience el caníbal por leer (o releer) *Cien años de soledad*. De inmediato lea *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*. Relea alguno de los cuentos de este último libro en voz alta.

A continuación debe leer *El siglo de las luces*, de Alejo Carpentier, así como los cuentos del mismo autor contenidos en el volumen *Guerra del tiempo*.

Leídos estos relatos, es el momento de releer a Borges y Cortázar. Lea *Los cachorros*, *La ciudad y los perros* y *La tía Julia y el escribidor*, de Mario Vargas Llosa. De este mismo autor, devórese el libro *La orgía perpetua: Flaubert y Madame Bovary*. Evite en lo posible la obra de Carlos Fuentes.

Lea el caníbal los cuentos de Adolfo Bioy Casares, no le defraudará su sabor.

Para adquirir una visión de conjunto de la literatura argentina y, sobre todo, para hacerse una idea de las posibilidades de la Literatura después de una explosión, lea el caníbal *Respiración artificial*, de Ricardo Piglia.

## Tema 8

### Las criaturas monstruosas

—Novelas, novelas —dijo el príncipe a media voz, como si hablara para sí—. ¡La soledad, los sueños y la lectura de novelas!

F. DOSTOIEVSKI, *Humillados y ofendidos*

Las zorras tienen madrigueras y los pájaros del cielo nidos; en cambio, el hijo del hombre no tiene dónde apoyar la cabeza.

MATEO, 8, 20

*Ninguna época se equivoca.*

DÁMASO ALONSO

### EL SOLILOQUIO DEL MARINO

Como he pasado la mayor parte de mi vida en alta mar, siempre llevo sombrero. En invierno, un Fedora gris; en verano, un Panamá flexible. El ala de un sombrero parece un horizonte y así me siento protegido, como si aún estuviera a bordo, a salvo de mí mismo.

¿Qué he hecho yo de mi vida?

Más me habría valido quedarme en mi pueblo, Zaragoza, acostándome temprano, comiendo a mis horas y haciendo crucigramas, pero no me lo consintieron mis ganas de lanzarme a descubrir las ocultas